

ALAIN MABANCKOU

# AJÍ PICANTE

Traducción de Sol Gil



*En homenaje a los vagabundos de la Costa Salvaje que durante mi paso por Pointe-Noire me han contado algunas porciones de sus vidas, y sobre todo a Ají Picante, empeinado en ser un personaje de ficción porque ya no daba más de ser uno en la vida real...*

*A. M.*

Todo empezó por la época en que, de adolescente, me hacía preguntas sobre el nombre que me había dado Papá Moupelo, el sacerdote del orfanato de Loango: *Tókumisa Nzambe po Mose yamoyindo abotami namboka ya Bakoko*. Ese nombre interminable que en lingala significa “Demos gracias al Señor, el Moisés negro ha nacido en la tierra de los ancestros” y que hoy sigue inscripto en mi partida de nacimiento...

Papá Moupelo era un personaje aparte, probablemente uno de los que más me había marcado por esos años en el orfanato. Era retacón, usaba zapatones Salamander de suela bien gorda (para nosotros eran “los zapatos de muchos pisos”) y llevaba caftanes anchos de color blanco que conseguía en lo de vendedores del África Occidental en el gran mercado de Pointe-Noire. Parecía entonces un espantapájaros en un cultivo de maíz, sobre todo en el momento en que cruzaba el patio central y las casuarinas que rodeaban el predio del orfanato se sacudían con el viento.

Esperábamos impacientes que él llegara cada fin de semana y lo aplaudíamos apenas reconocíamos el Renault 4 viejo con ese motor, decíamos, enfermo de tuberculosis crónica. El sacerdote se rasgaba las vestiduras para estacionar en el patio y repetía cinco, hasta seis veces, la misma maniobra cuando

cualquier dominguero hubiera estacionado ahí mismo con los ojos vendados. No era por puro placer que sostenía esa burda batalla: quería, se justificaba, “que la trompa del auto ya quedara mirando a la salida” y así no complicarse la vida dos horas más tarde, cuando regresara a Diosso, la localidad donde vivía a unos diez kilómetros de Loango...

Ya en la sala que la institución había dispuesto para él, justo enfrente de las construcciones que hacían de aulas, nosotros lo rodeábamos formando un círculo perfecto mientras él nos repartía hojas donde descubríamos la letra de la canción que nos tocaba aprender. Enseguida la pieza se alborotaba porque para la mayoría era difícil acostumbrarse al vocabulario rebuscado de ese lingala sacado de los libros que habían escrito los misioneros europeos donde recopilaban nuestras creencias, leyendas, cuentos y cantos de los tiempos más remotos.

Nos esmerábamos y en poco menos de un cuarto de hora ya nos sentíamos cómodos modulando las voces como quería Papá Moupelo. A las chicas les sugería emitir ululeos y, a los chicos, responderles en el tono más grave, mientras él, con los ojos cerrados, sonrisa en los labios, se contoneaba, separaba las piernas, enseguida las volvía a cruzar y las volvía a separar. No terminaba un gesto que ya hacía otro, tanto que estábamos convencidos de que era el hombre más veloz del planeta.

Y así a los pocos minutos transpiraba, se limpiaba la cara como si nada y sin aliento, con la boca bien abierta, nos hacía señas:

—¡Ahora a ustedes!

Como nosotros dudábamos, el Padre venía volando a socorrernos y unía los movimientos a las palabras:

—¡Vamos, vamos! ¡Sin vergüenza, hijos! ¡Que nadie se quede afuera! ¡A mover los hombros, arriba, abajo! ¡Así! ¡Sí! ¡Está

muy bien! Ahora imaginen que en vez de hombros son alas y se preparan para volar. ¡Ahí está! Al mismo tiempo sacudan la cabeza como lagartijas sobreexcitadas. ¡Excelente, hijos! ¡Así bailan los norteños del país!

Exaltados por esos momentos de fervor en los que creíamos que ese servidor de Dios no venía a evangelizarnos, sino a hacernos olvidar los retos que habíamos padecido días antes, nos dejábamos llevar, a veces demasiado, antes de entender que no teníamos todo permitido porque tampoco estábamos en la famosa corte del rey Makoko donde los batekes tiraban la casa por la ventana mientras el soberano roncaba día y noche acunado por los cantos de los griots.

Papá Moupelo nos vigilaba con el rabillo del ojo y apenas se nos ocurría pasarnos de la raya, intervenía. No fuera cosa que nos acercáramos a las chicas ilusionados por agarrarlas de la cintura y pegarnos a ellas como sanguijuelas. También era intransigente con esos pupilos depravados como Boumba Moutaka, Nguékena Sonivé y Diambou Dubouiri, que con espejitos rotos jugaban a verles el color de la bombacha a las chicas y más tarde las burlaban.

Inmediatamente Papá Moupelo los llamaba al orden:

—¡Mucho cuidado, hijos míos! De esas cosas acá no. ¡Que con la burla llega el pecado!

Olvidábamos durante más de dos horas quiénes éramos y dónde estábamos. Las explosiones de risa retumbaban hasta afuera del orfanato cuando Papá Moupelo, habitado por el trance, empezaba a imitar el salto de rana con el propósito de mostrarnos el famoso baile de los pigmeos del Zaire, país del que provenía. Una danza muy distinta y más técnica que la de nosotros los norteños porque exigía elasticidad de felino, velocidad de

ardilla perseguida por boa y, sobre todo, ese considerable desca-  
deramiento al término del cual el sacerdote se arrodillaba y, con  
saltito de canguro, terminaba a un metro sin caerse. Se levantaba  
sin dejar de mover la cadera, alzaba los brazos bien alto, pegaba  
gritos provenientes del fondo de la garganta y por fin se inmo-  
vilizaba, los enormes ojos rojos bien abiertos frente a nosotros.  
En aquel preciso instante teníamos que ovacionarlo para que  
volviera a una postura menos cómica y, poco a poco, cada uno  
se instalara en esos asientos de bambú que crujían con el míni-  
mo movimiento. Estábamos en las nubes, transportados por un  
clima que al otro día comentábamos en el comedor, la biblio-  
teca, el patio de los juegos, el patio principal y, sobre todo, en  
los dormitorios donde ensayábamos los pasos hasta que seis vi-  
gilantes del pasillo, celosos de la influencia del hombre de Dios  
en nosotros, agitaban sus látigos y nos empujaban a refugiarnos  
bajo las sábanas. Los llamábamos los “vigilantes del pasillo” por-  
que precisamente se escabullían en los pasillos para seguirnos  
el rastro y que la voz corriera al primer piso, hasta el direc-  
tor Dieudonné Ngoulmoumako. Los vigilantes más temibles  
eran Mpassi, Moutété y Mvoumbi, parientes del lado materno  
del director que por esta razón actuaban como subdirectores,  
al punto que Dieudonné Ngoulmoumako a veces tenía que  
decirles que aflojaran. En cuanto a los otros tres, Mfoumbou  
Ngoulmoumako, Bissoulou Ngoulmoumako y Dongo Dongo  
Ngoulmoumako, orgullosos de su apellido heredado por el lado  
paterno del director, nos miraban a todos de arriba cuando ha-  
bían obtenido sus puestos sólo por la gracia del tío y no tenían  
ninguna experiencia en la educación de niños, a los que consi-  
deraban ganado.

Apenas se iban después de intimidarnos, alguno tiraba una  
palabra chistosa en el lingala de Papá Moupelo, salíamos de la

cama y formábamos un pequeño círculo para retomar esa coreografía que nos iba a perseguir hasta dormidos. No era cosa rara oír en plena noche a pupilos tarareando en sueños agitados esas antiguas melodías en la misma lengua anticuada del hombre lleno de bondad que nos vendía esperanzas a un precio más que accesible ya que estaba convencido de que su misión era salvar almas, todas las almas de la institución...



Papá Moupelo jamás me confesó que fue él quien me dio el nombre más kilométrico del orfanato de Loango y seguramente de toda la ciudad, hasta del país entero. ¿Habrá sido porque era costumbre en lo de sus compatriotas zairenses? Allá tenían nombres interminables y hasta impronunciables, empezando por el del propio presidente Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, que significa “el guerrero que va de triunfo en triunfo sin que nadie lo detenga”.

Cuando yo me quejaba de que alguno había pronunciado mal mi nombre o se había comido una parte, Papá Moupelo insistía en que no me dejara llevar y a la noche rezara antes de ir a la cama para agradecerle al Todopoderoso porque, según él, el destino de todo ser estaba oculto en su nombre. Para convencerme, tomaba su propio ejemplo: en kikongo, “Moupelo” es “sacerdote”, y no era casualidad si él se había convertido en un mensajero de Dios al igual que su padre. Le gustaba que mis detractores se conformaran llamándome “Moisés” o “Moshe”. Moisés no era cualquier profeta; de hecho, no había ningún profeta que le llegara a los talones, ni siquiera esos que hacían gala en el Antiguo Testamento de una barba más larga y más atrevida, argumentaba para echarme flores. Era el que Dios había elegido

para sacar a los hijos de Israel de Egipto y llevarlos a la Tierra Prometida. Con cuarenta años, harto de la miseria cotidiana de su pueblo, Moisés mató a un contramaestre egipcio que se las agarraba con un hebreo. Después de este episodio tuvo que huir al desierto, se volvió pastor y tomó por esposa a una de las hijas del sacerdote que lo había acogido. A los ochenta, mientras se encargaba de las ovejas del suegro, Dios lo llamó desde un arbusto para confiarle la tarea de liberar al pueblo hebreo, que era víctima de la esclavitud en esas tierras egipcias. ¿Quién de esos que se burlaban de mi nombre tenía uno con tanto sentido?, me solía preguntar el Padre.

Hasta el día de hoy, mientras escribo estas líneas acá encerrado en este lugar que en otra época fue familiar y ahora es tan distinto, prácticamente oigo la voz de Papá Moupelo, un poco alejado, recitándome esa parte de la Biblia en la que Dios se le aparece a Moisés:

—Y el ángel del Eterno se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Y Moisés miró, y he aquí que la zarza ardía en el fuego pero no se consumía.

Se me viene la imagen de cuando se quedaba contemplando el cielo, después me miraba un segundo y ponía voz muy grave:

—Así es, Moisés, hijo mío, el ángel del Eterno también se te va a aparecer. No esperes que surja de un arbusto porque eso ya se hizo y Dios detesta repetirse. De tu propio cuerpo va a salir. Y es muy probable que no lo reconozcas, va a tener una apariencia tan inmundada que te va dar asco. Pero él va a estar ahí para salvarte...

En los sucesivos encuentros, a Papá Moupelo no lo dejaba ni un minuto en paz. Algunos pupilos me hacían comentarios y llegaron a tildarme de chupamedias o de que yo era “como la sombra

de las doce y cinco”. Pero yo sólo le rogaba que me dejara sentar al fondo de todo, en la última fila, porque me acordaba de las reuniones anteriores en las que nos había deslumbrado con esa parábola de los trabajadores de la viña que llegaban a trabajar a la hora undécima y les pagaban antes que a sus compañeros que, en cambio, se habían presentado a la tercera y la sexta hora.

—En el reino de los cielos, como con los trabajadores de la viña, los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos —concluyó—. Pero no hagas tanto escándalo: aunque no se sienten atrás, Dios no olvida a los niños.

Tampoco es que hiciera todo un escándalo pero es cierto que estaba un poco preocupado desde que esperaba la salvación de Dios, especialmente cuando el director nos levantaba la mano y el Todopoderoso no nos transmitía ni una señal para tranquilizarnos. Para mí, el director era el faraón malo de la Biblia en persona, el que molestaba a los hebreos. No entendía qué tanto esperaba Dios para azotar al orfanato con las tremendas plagas de Egipto con las que el monarca impuso su poder y superioridad. ¿O Dios se había confundido y había elegido a otro Moisés más negro, lindo, alto, inteligente y libre que vivía en otro país donde se rezaba, bailaba y cantaba más que en el nuestro?

Aunque de entrada algo ridículo y exagerado, el martirio que me atormentaba me incitaba a leer detenidamente las Sagradas Escrituras. Tenía la esperanza de descubrir alguna falla que me permitiera enfrentar al sacerdote a pesar del aprecio que le tenía. A él le gustaría ver que yo tomaba ese libro como punto de partida para entender el mundo, si bien en el fondo la búsqueda se orientaba a mi propia identidad y el sentido de mi nombre. Pero era imposible desconcertar a Papá Moupelo basándome en el libro que él conocía como la palma de su mano. Además

le debía respeto, era nuestra autoridad moral, el padre espiritual de todos esos chicos que como yo no habían conocido al padre biológico y, en el mejor de los casos, sólo tenían como imagen de autoridad paterna a este sacerdote y, en el peor, al director del orfanato. Papá Moupelo simbolizaba la tolerancia, la absolución y la redención. Dieudonné Ngoulmoumako encarnaba la hipocresía y el desprecio. El afecto que le demostrábamos al Padre nos venía del fondo del corazón y la única recompensa que esperábamos a cambio era esa dulce mirada que nos volvía a dar coraje, cuando el ceño fruncido del director nos regresaba a nuestra condición de chicos que no habían tenido la suerte de seguir el camino común de la existencia. Las miradas que se posaban en nosotros no mentían: para los de Pointe-Noire, “orfanato” sonaba a cárcel, y a uno sólo le metían en la cárcel si había cometido un delito grave o incluso un crimen...

De todas las preguntas que me hacía en ese período de agitación interior que marcaba el comienzo de mi crisis de adolescencia, una sola volvía constantemente y me impedía tragar saliva, como si tuviera una espina en la garganta. ¿Acaso era el único *Tókumisa Nzambe po Mose yamoyindo abotami namboka ya Bakoko* en el mundo? Dada la extensión, podía responder afirmativamente y alegrarme de ser un chico singular. Pero Papá Moupelo frecuentaba otros orfanatos en Pointe-Noire, en Tchimbamba o en Ngoyo. No podía evitar albergar dudas sobre la originalidad de ese patronímico. Una especie de celos me habitaba sólo con imaginar que yo podía ser un Moisés entre tantos otros centenares o miles, a los que Papá Moupelo todavía quería más.

Nadie, excepto él, podía tranquilizarme. Y como sólo era mitad de semana, yo estaba impaciente de que llegara el sábado para hacerle la pregunta sin tapujos. Lamentablemente lejos estaba de

pensar que un acontecimiento inesperado iba a derrumbar el curso de nuestra existencia en este rincón perdido de la región de Kouilou. Me hubiera podido imaginar cualquier cosa pero no ese cambio tan rotundo.

Curiosamente, y eso era lo que más me inquietaba, a pesar de su cercanía con el cielo Papá Moupelo tampoco había visto venir ese suceso...

Bonaventure Kokolo —por entonces, como yo, de trece años— estaba que trinaba:

—¡Es grave! ¡Es grave, Moisés!

Cansado de escuchar ese nombre de Moisés, lo empujé de un codazo y me alejé unos metros. Pero no había caso con esa obstinación de sanguijuela pantanosa.

—¿Adónde vas, Moisés? ¡Es grave, te digo!

—Eso dices todo el tiempo. ¡Ya te conozco!

—Mirale la cara a los guardias. Algo esconden. ¡Tè digo que ya podemos empezar a llorar porque Papá Moupelo se murió!

Cuando empezaba a largar el llanto, le agité el puño cerrado en la cara:

—¡Si vas a llorar te clavo esto en la trompa y te vas a despertar allá lejos, en la enfermería!

—¡Que se murió, te digo! ¡Despídete de la catequesis acá!

—Y a ver, ¿cómo murió?

—¡Un accidente! Vas a ver, ¡nos van a decir que se fue a vivir a lo de Dios y nos encontraron a otro Papá Moupelo!

Bonaventure era mi mejor amigo. Si yo era más bien reservado y no demostraba mis sentimientos enseguida, él era tan charleta que se había merecido que lo apodaran “Comealgodón”, como les decían a esos pájaros que traían al orfanato bolitas de algodón y con eso fabricaban los nidos en el techo de los dormitorios.

Cuando él abría la boca, los pupilos le gritaban en coro:

—¡Cierra el pico y ve a comer algodones!

Se daba vuelta y me miraba:

—¿Ves? Cuando yo digo algo me escuchan sólo tus oídos. ¡Los demás son peores que el director! ¿Cuándo mentí yo, a ver? ¡Siempre pasa lo que digo!

Como yo no reaccionaba, se me quedó mirando fijo a los ojos:

—La vez pasada cuando soñé que comíamos carne, ¿a los dos días no comimos carne en el comedor?

—Sí, a los dos días comimos carne...

—Y la vez que soñé que el director estaba enfermo, dos días más tarde, ¿no se le hinchó el ojo?

—Sí. Se lastimó solo con la puerta del escritorio...

—Entonces, a ver. ¿Por qué me llaman a mí Comealgodón, ¡si ni siquiera son capaces de soñar cuándo vamos a comer carne o si el director va a tener el ojo como ciruela!?

—¿El ojo en compota, quieres decir?

—¡No! ¡Quiero decir lo que dije! ¿Cuándo se ha visto una compota de ojos?

—Hablas por demás, Bonaventure. O paras o yo también te voy a mandar a comer algodones...

★

Entonces ese sábado, como era costumbre, estábamos todos de blanco en el patio principal, las chicas de un lado, los chicos del otro, pendientes de la aparición de Papá Moupelo. Esta vez yo tenía más razones para esperarlo que los demás pupilos que sólo pensaban en el clima festivo que experimentaríamos en la sala de catequesis.

Sobre todo no quería que el sacerdote adivinara mis intenciones en cuanto me viera. Así que me entrené en controlar la respiración; me repetía bajito lo que le preguntaría cuando me llevara aparte y me recordara que rezara y agradeciera al Señor. Para empezar, no tenía que cruzarme con su mirada antes de nuestra conversación a solas o, bajo la influencia de su carácter

jovial y paternal, pospondría para la semana siguiente la pregunta esencial que por primera vez tenía que hacerle.

Mientras yo me concentraba en la actitud que debía adoptar frente a él, para matar el tiempo unos chicos imitaban el ruido del motor tuberculoso del Renault 4 del sacerdote, mientras otros hacían como que estacionaban y repetían la maniobra de cinco a seis veces antes de soltar:

—¡Quedó perfecto! ¡La trompa ya mirando a la salida!

Las chicas, por su lado, se limitaban a esbozar los pasos de baile de los pigmeos del Zaire respetando al pie de la letra las interdicciones ligadas a su sexo. Nosotros los varones sabíamos que las habían imaginado los hombres mucho tiempo atrás para apartarlas de los pequeños placeres de la vida. Se les desaconsejaba, por ejemplo, que comieran carne de boa, una carne bastante preciada en la región. En el caso de consumirla, les saldrían senos largos hasta los tobillos. Sería por eso que las compañeritas pensaban que si se ponían al volante de un auto como el de Papá Moupelo, les crecería barba candado y sus sexos sufrirían un aumento hasta parecerse al nuestro. En todo caso, se alejaban de los que jugaban a los conductores y discretamente se tocaban el pecho como si el simple hecho de haber visto durante segundos a un chico simular la conducta de un vehículo fuera a traerles mala suerte.

Un poco apartados, el viejo Koukouba y el pequeño Vimba que tanto preocupaban a Bonaventure no paraban con los conciliábulos, un comportamiento que jamás habíamos notado en ellos. El viejo Koukouba retaba al compañero más joven:

—¡Bueno, basta de señalar la sala! ¡O se van a dar cuenta de todo y el director se va a enojar conmigo!

De golpe, una gran agitación sacudió a la asistencia. Los guardias se pusieron firmes como soldados. Bonaventure y yo

fuimos los últimos en dirigir la mirada hacia el edificio principal donde Dieudonné Ngoulmoumako acababa de aparecer en el estrado con los seis vigilantes del pasillo atrás. Sus caras austeras contrastaban con la postura distendida que procuraba demostrar el director.

Dieudonné Ngoulmoumako era un hombre ya viejo, rechoncho y sin pelo, de la etnia de los bembes, un pueblo conocido por zanzar a navajazos cualquier altercado, alimentarse desde la infancia de carne de gato y valorar la riqueza de una persona sólo por la cantidad de cerdos degollados en los festejos de año nuevo, los casamientos o los duelos. ¿Pero qué etnia no era acusada en este país de producir extrañas costumbres alimenticias? A los lari, un pueblo de la región de Pool, se los trataba de devoradores de orugas; a los vilis de Kouilou, por su parte, los volvería locos la carne de tiburón, reputación que debían al hecho de ser costeros; los tekes, presentes en varias regiones, no se privarían de la carne de perro, y en el norte del país, una buena cantidad de etnias se alimentarían de carne de cocodrilo considerándolo a su vez un animal sagrado.

—¡Es raro que nos sonría así! —volvió a la carga Bonaventure, al que oía por detrás conteniendo el llanto.

Me di vuelta:

—Si nos dan con el látigo, ¡te juro que yo voy a ser el que te va a dar en un rato en el cuarto!

—¿Pero no ves cómo está el director? Se quiere hacer el bueno para que no lloremos cuando anuncie que Papá Moupelo murió. ¡Yo quiero llorar ahora, no después! Quiero ser el primero que lloro porque si lloro después del resto, ¿cómo van a saber que yo también lloré?

En cierta medida tenía razón: aunque el director había renunciado al temible látigo entregando el peor papel a sus vigilantes,